

Yvan Goll

La chaplinada

(Un poema fílmico)



I

Chaplin, en uno de los miles de carteles que adornan la ciudad, comienza a moverse. Con los ojos muy abiertos, contempla a los paseantes, sonriendo, desciende cautelosamente de su pedestal, donde aparece dibujado como El Rey de Corazones, y solemnemente deposita su corona, su cetro y su esfera, en un bote de basura:

¡Los reyes y yo hemos sido pegotes durante mucho tiempo.

Con sol o con lluvia, sonriendo, sonriendo,
Gesticulando, gesticulando hasta el infinito!
Quiero ser yo mismo,
Quiero llorar cuando sufro,
Cortarme el cabello en el verano—
Y olvidar por completo a la policía.

El hombre que pega los carteles cruza la calle diagonalmente y comienza a pegar un anuncio de perfumes. Chaplin se esconde rápidamente detrás de un kiosco y emerge enfundado en su traje habitual: sombrero de hongo, saco corto, un pequeño bastón, y sus pantalones de tirabuzón. El cartelero maldice y hace muecas de rabia:

¿Qué sucede contigo, Chaplin?
¡Regresa a tu cartel, tonto!
¡Trabaja, sonríe, cumple tu deber!

Chaplin registra pensativamente el bote de basura, y recoge la corona con la punta de su bastón:

¡Te daré mi corona, pero déjame en paz!
¡Me conmueve tanto el caminante que se aburre!
Quisiera decorar las grises calles para él.
Sabes, es más difícil vivir para una persona que morir por toda la humanidad.

El cartelero susurra al oído de Chaplin:

¡La sabiduría llega fácilmente al hombre que gana cinco millones al año!

A propósito soy socialista,
cada uno de nosotros tiene su propia moral
y su propio impermeable.

Los paseantes comienzan a dar vueltas grotescamente en torno al kiosco, buscando algo, aparentemente. Repiten lugares comunes en infinitos tonos de aburrimiento, como catequistas:

Un tutor particular: Más vale pájaro en mano que cien volando.

Un periodista: Pájaro que madruga se resfría.

Un teniente: No creo que vaya a llover.

Una dama: Por lo menos no llueve ahora.

Un tutor particular: *Está* lloviznando

Un anciano caballero: Todavía no, pero pronto comenzará a llover.

Un teniente: Lluven perros y gatos.

El cartelero: enojado:

¡Eres un desastre, regresa a tu cartel!

Chaplin: Es la tragedia del tonto.

que interpreta estupideces

Y del acróbata que muere por una sonrisa:

¡Son los hombres más solitarios del mundo!

¡Pobres de ellos si son reconocidos!

¡La multitud nunca perdona su soledad al solitario!

El cartelero sujeta a Chaplin por el cuello y lo empuja contra el kiosco. Por un segundo, Chaplin parece Cristo con su corona de espinas. Inexorablemente, sin embargo, el cartelero lo pega con su brocha al cartel.

Repentinamente, Chaplin aparece otra vez en tamaño natural sobre la cartelera.

Los paseantes lo saludan, hay una sonrisa en cada cara. Un triste y sombrío jorobado cruza por el lugar. Chaplin comienza (un poco triste al principio) a reír, mostrando por momentos sus dientes blancos, apretándose el estómago. Le da una patada al cartelero en las nalgas y ríe hasta que también el jorobado comienza a reír. Entonces vuelve la cara y secretamente enjuga una lágrima.

Alguien da una moneda al cartelero. Este se alegra, se recarga contra el cartel de Chaplin, y como un pordiosero extiende su gorra a la multitud. Los niños brincan como ranas alrededor del kiosco. Ríen. Chaplin se alegra nuevamente. (Chaplin no es



sino el espejo del mundo). En la película aparece la inscripción: TOLERAD QUE LOS NIÑOS VENGAN A MI. . . Y Chaplin, colocando un pie sobre la cabeza del cartelero, salta para unirse como último miembro al juego de los niños.

El cartelero cae tendido. Sus monedas ruedan a la coladera. Chaplin huye. Todos los paseantes lo siguen. Lo persiguen a través de las calles. Pronto se convierte en una persecución a través de avenidas, dentro y fuera de los camiones, por restaurantes, departamentos, estaciones del metro. Los perseguidores, queriendo alcanzar una ilusoria felicidad, aumentan en número. Pero de pronto los carteles de Chaplin diseminados por toda la ciudad se desprenden de kioscos, carteleros, bardas: Chaplin aparece vestido con todos los disfraces imaginables: de etiqueta, como aprendiz de cocinero, soldado, rey, vendedor, violinista, y se agrupa de manera que el perseguido pronto sobrepasa en cantidad a los perseguidores.

La multitud se confunde y no sabe a cuál perseguir. Tan pronto como uno de ellos atrapa un Chaplin, este cae al suelo, convertido en un pedazo de papel. Todos los Chaplin del mundo continúan multiplicándose, hasta que de pronto todos se superponen y se convierten en uno: el verdadero Chaplin. Ríe. Todos ríen, y todos se abrazan. (La victoria simbólica del Genio del Bien sobre el Pobre de Espíritu).

Chaplin se detiene. Su cara es radiante:

Ser humano es suficiente para ser grandioso.
El silencio es un éxtasis más allá de toda
comparación,
El mundo gira suavemente.
y se balancea en la punta de tu dedo
¡Y lo lanzas de nuevo al infinito!

II

Pasa un tren expreso. Chaplin salta a un compartimiento vacío y de pronto se encuentra a sí mismo en una pequeña biblioteca ante una mesa cubierta con toda clase de utensilios para escribir. Se inclina repetidamente sobre la ventanilla del compartimiento y examina el paisaje a través de enormes binoculares. De pronto se sienta ante el escritorio y anota:

Estar inspirado, ¿significa no tener
pensamientos?
Uno espera las estruendosas olas del atardecer
y que los bloques de mármol se conviertan
por sí mismos en templos dóricos:
Mi inteligencia no alcanza a comprender.

Chaplin enfila los binoculares hacia el exterior de la ventanilla nuevamente. Grandioso paisaje alpino. Picos abruptos. Poderosas cataratas. Sobre un glaciar, se distingue un grupo de cabras montañesas:

Era más conmovedor cuando las postales de
colores

Llevaban hasta mí la elegía del Matterhorn.

En el otoño de mi juventud

La inspiración era genuina.

Los Alpes brillaban de anhelo y de vida
cuando el cartero los entregaba.

En ese tiempo, eso era suficiente para hacer
de mí un poeta.

Los binoculares enfocan otro paisaje. Se ve un patio abandonado de ferrocarril. Postes inclinados de telégrafos siguen la vía. La casa de un labriego con tulipanes en el jardín. Una figura estática, acurrucada:

Pequeño paisaje de todos los días: ¡mi vista
te ama!

¡Pastos! ¡Y cuán nobles! Campanillas hablando
al viento:

Espera: dentro de dos mil años me amarás más
todavía.

Vivir envejece.

La muerte devuelve la juventud.

Chaplin deja los binoculares. Está muy triste. Toma una pluma fuente. Un nuevo paisaje. Riberas. Un rebaño de vacas. Viejos sauces:

Oh pequeño becerrillo en el trébol cósmico,
¡Cuánta tristeza revela tu ojo místico!
¡Sabes tanto como yo de este mundo doloroso!

El tren se detiene. Una señora sube, lleva una cervatilla con una trailla de seda.

Chaplin se esconde en un rincón y dice:

Me han robado mi soledad.

Mi contacto con el espacio metafísico se ha
interrumpido.

Fue un día como este cuando el hombre inventó
el destino.

La dama sonrío:

¿También va usted en viaje redondo al Elíseo?

Mi cuñado quiere montar una fábrica de tintes
ahí,

Pero le he aconsejado que no lo haga. Las
comunicaciones son malas.

Chaplin: ¿No le gustaría suicidarse?

La Dama: Quizá. ¿Qué otra cosa puede uno hacer
para ser interesante?

Mi hija, Cervatilla, tiene piernas tan frágiles
como la porcelana.

Siempre que un caballero nos saluda ella se
derrumba.



La primavera y la puesta de sol casi no valen la pena.
Los hombres no entienden nada de nosotras las mujeres.

Chaplin: Yo llevaría a su hija en mis brazos a través del mundo.

La alimentaría con hojas frescas de los arbustos todos los días:

Con todos mis poemas,
incluso los que tienen espadas inscritas sobre ellos:

Los poetas deberían escribir solamente para los venados,
¡Los versos pertenecen a los bosques!

La Dama: Usted es un alma tranquila. Debería gustarme viajar con usted.

Tengo viejos recuerdos del Parnaso.
¿Tiene usted su libreta de cheques consigo?

Chaplin, buscando en sus bolsillos:
Tengo el libro de Ruth. Pero una chequera. . .

La Dama, abrazándolo:
¿Por cuánto lo va usted a llenar? ¿Diez mil?

La cervatilla: ¿Debo acostarme ya mamá?

La Dama, a Chaplin:

¿Nos detendremos en el Hotel Zeus o en el Terminus?

Chaplin, desesperado:

¡Donde usted quiera! ¡Pero con baños separados! Mira por la ventana.

¿No pertenezco a la naturaleza? ¿En las sombras de los abetos?

¿Dónde puedo ver a los ríos entroncar con el mar?

Señora, por favor, ¡no se enamore de mí!
Déjeme estar solo, sin consuelo, ¡déjeme golpear mi cabeza dolorosamente contra las rocas, tenga piedad!

¡No se enamore de mí! ¡Me fatiga tanto!

Chaplin descuelga su bastón de un gancho y lo encaja en el corazón de la dama. Esta cae muerta.

La cervatilla: ¿debo llorar ahora mamá?

Chaplin se acerca a la cervatilla y la acaricia. Empuja el cuerpo de la dama bajo el asiento. El tren se detiene y baja con la cervatilla.

III

Chaplin entra al restaurante de la estación. Está vacío, excepto por la familia del dueño, que almuerza en una esquina. Chaplin se ve triste, camina hacia adelante y hacia atrás, hacia adelante y hacia atrás, un poco más rápido cada vez. Su hambre baila. Comienza a caminar para arriba y para abajo por las paredes, luego se sube a una mesa y marcha entre los platos. La familia traga sin notarlo.

La esposa se levanta repentinamente y se persigna:

¡Dios mío, ese es Charlie!

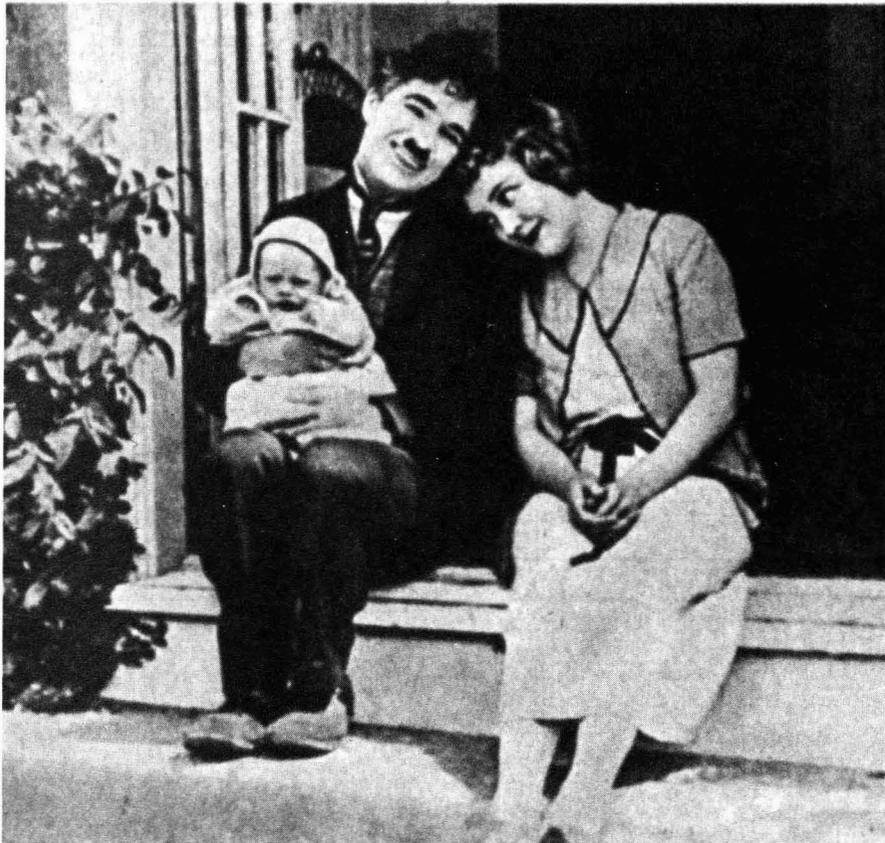
Se ve usted pálido, como todos los que hacen este viaje.

Detrás de la casa el Panteón del Parnaso yace cubierto de laurel rosado;

Ahí están enterrados todos los poetas,
¡aquellos

que estaban tan cansados como tú!

El restaurantero mira enojado a su mujer y golpea con el pie debajo de la mesa. Chaplin sacude la cabeza, pero se sienta, ata una servilleta a su rodilla y gesticula con el tenedor y el cuchillo. El restaurantero sirve una delgada rebanada de pan en el plato de Chaplin y luego corta en dos un pollo rostizado y se sirve una parte y otra a su mujer.





La esposa: Vivir es tan caro. Las papas son tan caras.

¿Cena usted con nosotros?

Chaplin juega con la rebanada de pan sobre su plato, la sostiene contra la luz, saca una balanza postal de su bolsillo, y la pesa.

Chaplin: ¿No podrían darme un pétalo de rosa?

El restaurantero: Dénle uno de la rosa marchita del florero.

La esposa se levanta, retira la rebanada de pan del plato de Chaplin y en su lugar pone un pétalo de rosa.

La esposa: Y cómo han subido los precios del pan.

El hombre y su esposa se reparten una coliflor entera.

Chaplin: Este corazón de rosa es demasiado para mi hambre canina.

El restaurantero: Sí, debería ser cuidadoso con su estómago. Cualquiera que comienza a sentir hambre —es decir, comienza a convertirse en un idealista. . .

En ese momento, la cervatilla brinca al interior a través de la ventana, golpea sobre la mesa y se dirige hacia Chaplin. Pandemonium. Chaplin se acerca lentamente a la ventana con el animal, saca un pedazo de papel, mira el paisaje de la tarde y escribe. El escrito es visto en la película:

Quienquiera que mire esta nube rosada conmigo,
Este delicado evento,
En la tarde agonizante,
Si sólo uno de tantos millones saluda a esta
nube,
Desde la sala de espera, desde el pasillo, desde
el bulevard,
Es mi amigo.

Chaplin dobla el papel; la cervatilla lo huele.

Se anuncia la llegada de un tren. El restaurantero sale apresuradamente del lugar. Su esposa coloca las señales.

Mientras tanto, Chaplin se dirige al buffet y come cuanto hay ahí: chuletas, salchichas, naranjas; vacía los contenidos de todas las botellas sobre su cabello y lava sus manos con champaña. Después él y la cervatilla escapan. Confusión. Persecución. Chaplin camina, doblando su bastón, fumando un cigarro, sobre los techos de los vagones del tren. Su imagen se separa en dos y luego se multiplica en diez, ante la confusión de sus perseguidores.

Movimientos acelerados. Finalmente Chaplin se tiende sobre el tren y él y la cervatilla se alejan en alas de este moderno Pegaso.

Chaplin: Parnaso abandonado por aves y árboles,
¡Eres una gris colina de barro de antiguas
centurias!

Tren expreso, ¡háblame de una tierra de pureza!
¿Tal vez en Japón las mujeres son sinceras?
¿Tengo quizá un amigo en las islas de Hawai?
¿Nuestra suprema divinidad vive en Groenlandia?
Si yo, pobre Chaplin, tuviera una patria,
Estaría en casa en todas partes a la vez,
Y sin embargo, ¿puede un poeta encontrar la paz?

IV

Chaplin vaga a través del desierto. Detrás de él, lleva a la cervatilla con una cuerda. Se sienta sobre una duna, pero antes extiende su pañuelo y besa la arena, como un beduino:

Cualquiera que sufra y golpee su cabeza contra los muros me comprende.

Cualquier tonto esperando día tras día en una estación del metro a su amor imposible conoce mi pena.

Quienquiera que se encuentre a disgusto con una cama de hotel, cualquiera que se sofoque en reuniones familiares

Todos ustedes podrían venir hasta mi corazón profético

¡Y llorar conmigo a cántaros en el desierto!
¡Eso es lo mejor que podemos hacer!

Descuidadamente se quita el sombrero.

¡Cuántos actos suicidas he representado!
Millones se regocijan esta tarde con mis
gracejadas.

Pero ahora, finalmente, ¡tengo tiempo para quejarme!

¡Charlot de Assis!

¡Tú sabes del sufrimiento, tierna cervatilla,
como yo!

Pobre y lastimera criatura hambrienta.

Bosteza.

Qué quietud y paz

Bostezando.

— ¡aquí a los pies de Dios!

El cielo es eternamente el mismo,
Mi sombra se arrastra con aburrimiento
cerca de mí.

¡Europa está tan lejos! Profunda, debajo de
nosotros en el centro de la tierra

Yace seguramente una púrpura ciudad;
¡Cuánto anhelo, cuánto anhelo verla!

Comienza a escarbar con las manos. La tierra se

abre y la película muestra escenas fantásticas del interior de la tierra. Habiendo llegado al centro de la tierra, Chaplin sostiene un auricular telefónico junto a su oído, escuchando las voces del mundo como si fuese el operador central del planeta —reproducido en una banda de sonido:

Diez millones de mariposas/ Viejo pastelero asesinado/ *Un jour viendra*/ En el año de 800 Carlomagno se convirtió/ Te diré todo y nada/ Una fiebre de 76 grados/ Macarrón en salsa de tomate/ Estoy enamorado de una dama de Zanzibar/ *Bitteschön*/ Christtson & Company, cuellos y calzones para caballero/ Tren de leche a Maratón/ La izquierda radical ha sido atemorizada/ *La la la petit femme*/ No, sería mejor ayer que mañana/ Carlos V de España/ Sesos fritos en mantequilla. . .

Chaplin: ¿Es eso en lo que piensa la gente?
El centro del mundo está rugiendo
Con un tumulto de mentiras, estupidez
telefónica, locura telegráfica.
¡Qué pobre y enfermo está el hombre!
Toda la literatura se derrite ante el rostro de
estas dos sílabas: ¡dolor!
La fuente del cerebro vomita números
y burbujas vacías flotan en el cielo estrellado
para explotar en los canales de aguas negras.
Los cementerios con sus tumbas
Pesán sobre todas las memorias.
Y nuestro amor es siempre falso:



La única verdad es el anhelo
De la ilusión infinita
¡Pero la verdad siempre nos hará bostezar!

La película muestra de pronto la bahía de Marsella. Salvaje confusión de la humanidad. Tranvías. Camiones de Carga. Gente de todas las razas. Gritos.

Un voceador grita al oído de Chaplin:

Diario Socialista: ¡El Corazón Rojo!

Chaplin se quita el sombrero cortésmente y se inclina ante el muchacho, que se encuentra muy sorprendido por ello. Doblando su bastón con eminente satisfacción, continúa caminando a través de las calles. Sólo lentamente reconoce el nuevo orden social de Europa: todo mundo trabaja. La gente comienza a señalar a Chaplin, quien se detiene, pensativo. Intelectuales flacuchos con lentes bifocales martillean rítmicamente piedras en la plaza. Las mujeres trepan a los techos y tienden garrochas. Los hombres con sombreros de copa son conductores de tranvías. Los niños asisten a sus padres en toda clase de trabajos, y cerca de cada una de estas personas se encuentra un policía con una bayoneta y una máscara antigas. En las esquinas de las calles en que anteriormente había señales anunciando "Protejamos a nuestros animales", enormes anuncios advierten:

¡Protejamos nuestros cerebros!
¡Ingresa a la unión de pensadores!

El vocero y un gran número de policías persiguen a Chaplin. Gracias a una idea ingeniosa, Chaplin escapa a sus atacantes y es visto de pronto, primero, en una plaza pública en el Cairo y luego en una calle en Hong Kong. Luego en la misma calle en Marsella.

De un lado una nueva multitud avanza con una pancarta: "Se solicita intelectual. ¡Gane un millón!". El líder de la multitud corre hacia Chaplin y se arrodilla ante él:

¡Salve Charlot!
¡Salud a quien nos ha liberado de un siglo
de trabajo!
¡Dirígenos nuevamente hacia nosotros mismos!
Raro hermano del ciervo, profeta de los
desiertos nómadas,
Aquí languidecemos y anhelamos tu benéfico
arte.

Golpea la rocosa fuente de nuestro pecho,
Devuélvenos la risa
Y derrama el cielo sobre nuestros ojos.
¡Ya no podemos pensar!
¡Ya no podemos reconocernos!
¡Libéranos del trabajo!
¡Tráenos el comunismo del alma!



Chaplin: ¿Y qué hay acerca del millón?

El líder: ¡No uno, sino diez millones de corazones

están dispuestos a ser tuyos!

¡Salva a la humanidad de su aburrimiento!

¡Traenos la revolución!

Chaplin mira a su interlocutor, retrocede un paso, y limpia su corbata y su chaqueta con su pañuelo.

Chaplin, gentilmente:

¿Podría usted hablar un poco hacia la derecha o hacia la izquierda? Me está usted escupiendo.

La multitud piensa que Chaplin ha dicho algo de gran importancia al líder, grita con alegría, empuja hacia adelante y lo sube al techo de un tranvía. Desde esa posición, saluda a la multitud con su sombrero, luego se limpia el polvo de las mangas, mira alrededor, sonríe, ríe, y se quita el sombrero nuevamente. La excitada multitud avanza hacia adelante, chilla, lo jala a la calle y lo lleva en hombros, triunfante.

Nueva confrontación con el voceador y los incontables policías. La multitud emerge y pelea. La policía armada gana el encuentro. La otra multitud se desbanda. Chaplin se queda solo en la calle, saca una pequeña ocarina de su saco, se sienta en la banqueta, y toca. Sus ojos claros, su gesto es llano y solemne. De nuevo la calle se encuentra totalmente vacía. De pronto aparece en el fondo un policía solitario, aparentemente inerte. Chaplin levanta la vista y lo mira, está asustado, arroja la ocarina, y corre tan rápido como puede. Se le ve hasta que desaparece en el horizonte.

V

Chaplin camina en un bosque oscuro de altos abetos. Espesos arbustos. Violetas tan grandes como girasoles. Aves volando alrededor de su cabeza. Tiene una red para cazar mariposas colgando sobre un hombro.

La cervatilla viaja a su lado, con un listón rosa alrededor del cuello. De vez en cuando, Chaplin se detiene y la mira, emocionado. Luego abre una mochila, y saca una máquina para hacer poesía. Después de un rato de pensar y rumiar, finge escribir sobre la rama de un abedul, y la película muestra el siguiente poema:

Todas las aves
Cantadas por la primavera,
Todos los arroyos dorados
manados del corazón de Dios,
¿Qué es el mundo, amada mía?

Algo por ti y por mí
sólo inventado.

La cervatilla se transforma en Reha, una joven muchacha.

Reha: ¡Basta de actuar y poetizar!

¡Basta de pantomimas sentimentales!

Los suspiros son propios de los tuberculosos,
nada más.

Chaplin: Creía en mis sueños,

¡Pero incluso las ninfas son burguesas!

Reha: ¿Quién logra alcanzar su dotación de estrellas?

¿Quién nos respeta por nuestra filantropía?

El mundo entero se ríe de ti;

Eres un miserable hipocondriaco,

¡Y no eres suficiente para mí!

¡No te quiero más! ¡No te quiero más!

De las profundidades del bosque, surgen un feroz jabalí rojo, un cazador barbado y un perro. Inmediatamente, Reha abandona a Chaplin y abraza al cazador. Desaparecen juntos.

Chaplin recoge el listón rosa, mira a su alrededor, y hace preparativos solemnes para ahorcarse en las ramas del abedul. Intermedio cómico. En el último momento, una ardilla muerde y corta el listón. Se dirige a un estanque, se quita los zapatos y se los pone nuevamente, se los quita, se los vuelve a poner. Después de una serie de fallidos intentos, echa a correr hacia el estanque y se tira en él: se hunde hasta las rodillas, pero está demasiado frío. Mientras tanto, en el bosque, Reha intenta escapar del cazador. Chaplin está a punto de acudir a rescatarla, cuando el cazador le dispara y cae al suelo, muerta.

Chaplin: Ahora soy más pobre que el primer día.

Mi destino cae sobre mí como lluvia,

Mi corazón está frío como reloj descompuesto,

¡Y ese es Chaplin!

¡Más solo que ninguno!

Europa ríe, Nueva York y todas las ciudades ríen,
y nunca entenderán mi profunda tristeza.

Incluso ella, la damita que detrás de las cortinas
Ha esperado más de veinte años una carta de su

Charlie;

La única que nunca vio mis películas,

Si me viera llorando

¡También se reiría!

Durante el discurso, los carteles se han colado cautelosamente como en la primera escena. Reverencian a Chaplin. El cartelero lo agarra y lo pega nuevamente en el kiosco.

Fin